

los poros de la tierra;
y se adormece el cielo.

Silencio sobre el campo.

Y quedamos sin voz
ante la vida,
en un instante eterno,
eterno como ahora,
¡muerto!
21

Dejaste tu soledad
prendida del azul
como nube que se entrega
al sol
para dorarse.

Y se extendió tu luz
sobre mi angustia
haciéndola ligera
como el viento.

Y fué una sola llama
tu soledad,
la mía
y el poniente!

22

Voy hacia ti y aún llevo ropas.

Las breñas y las piedras,
con sol del camino,
van rasgando y quemando
mis vestidos.
Pero me ignoras aún...
y voy hacia ti.

Voy sola
y no hay quién ría
cuando caen los lienzos
de mis hombros.

Sólo tú
comienzas a mirarme
a medida que voy quedando
desnuda.

Al final
me sentirás de cerca,
¡con mi piel hecha ascua de sol!
y recibirás ¡oh heredero!
mis plenitudes desbordadas.

ANTONIO URBANO M.
"EL GREMIO"
Teléfono 2157
Apartado 470
Almacén de Abarrotes
al Por Mayor
San José, Costa Rica

Un libro de Olga Kochen

(En la *Revista Nacional de Cultura*. Caracas. Marzo-Abril de 1948).

(*Sol en la Peña*. San José de Costa Rica, 1947).

mirar el azul sonoro
y escuchar
su melodía.

¡Llorar de sentir tan hondo,
perderse en las lejanías;
no saber ya más del tiempo!

Henchirse.

¡Ser!

Pero la segunda vía, la iluminativa, es la más patente en esta poesía, toda ella transida de luz, saetada de flechas luminosas y ardientes. Su dolor humano, su recuerdo y su queja hechos grito, el viento los convierte "un remolino — que lleve mi corazón — hasta la luz".

La presencia divina es como la luz "derramada en las cimas de los montes", el corazón del poeta danza en el azul infinito de nubes ribeteadas de oro; en su danza se olvida de la tierra, y el contorno de sus formas toca el cielo y siente el roce de sus dedos; pero siente miedo de gozarla, siente miedo de su música celeste y se tiende sobre el monte como niebla. (Nótese la antítesis tan llena de sentidos: Luz, niebla). Como niebla se deshace, se pierde en las grietas, se adentra en la tierra, la música no se oye, los dedos divinos no la rozan, "pero sigue derramándose — tu luz — en la cima de los montes". Como decían los místicos, en el ápice del alma, en medio de las obscuridades, aunque insensible, sigue brillando la luz de Dios.

Siente la necesidad de Dios, su ausencia es "una saeta aguda" que "sigue hurgando la tiniebla de mi angustia". Sedienta se tiende sobre la arena, junto al agua clara "en fuga de las sombras".

Y mientras así te anhele
tú me tienes en tus manos
y yo,
inconsciente,
te ignoro.

Se siente sola en la noche, donde ha perdido su grito, y sus manos "no tienen qué dar"; pero no permanecen ociosas, llenas de inquietud van en busca de la claridad: "Se me han ido las manos — cual pájaros ansiosos — aleteando en el viento — tras un haz luminoso". Sus manos que le son devueltas por el amor en la luminosidad del ocaso, donde todos los afanes van a morir, y todo el tráfico del día se duerme en espera del gran silencio de la noche.

Así iluminada quiere ir a la infinita soledad de Dios, a su honda noche callada:

Deja, Señor, que suba
como estrella pequeña
a prenderme de la infinita negrura
de tu noche.

Deja que como nube liviana
vague,
poniendo una nota blanca
sobre el azul sin fin.

Para penetrar en la hondura de este poemario de Olga Kochen, joven poetisa venezolana, se necesita el mismo recogimiento y silencio que sentimos ante una tarde luminosa. Es un libro de honda y vaga poesía mística, que nos recuerda en cierto modo a Rilke sin sus complicaciones. Ciertamente, si admitimos la definición de poesía religiosa del Abate Henri Bremond: la que podría todo cristiano usar como oración, esta de Olga Kochen, fuera de algún poema, no sería poesía religiosa; pero en un sentido más amplio sí lo es, y creo que mística también, que para mí es la más alta cumbre de poesía religiosa. Está toda transida de la búsqueda de Dios, de la unión total con él. Dios, por su nombre no lo hallamos — sólo poquísimas veces le llama: Señor — pero su luminosa presencia la hallamos en todos los rincones, hasta en los más pequeños, de esta poesía.

Según las enseñanzas de los grandes místicos, el alma, en su camino hacia Dios, primeramente llora sus pecados e imperfecciones, después se va deshaciendo de todas las cosas creadas, para llegar finalmente a la plenitud de la unión con Dios, en medio del total silencio de lo creado. El primer camino no existe en la poesía de Olga Kochen, ya está superado. Ella se va desprendiendo de lo criado para unirse al Absoluto, detener la vida, hacer el total silencio en la profunda soledad del ser:

¡Detente vida!
queden suspensas las horas
y que no haya más ruido
que el de mi propio corazón
atormentado.

Hágase ya el milagro
y quedemos siempre unidas
en una sola sombra
mi soledad y yo.

Se va deshaciendo de todo, se va haciendo el silencio, ya "Nada rompe tu paz — ¡Oh soledad de mi vida!" — esa soledad que ella siente "extendida y hermosa — como un cielo — sin nubes". "Soledad grande — y dulce — de contornos sin límites — como un mar — de montañas azules".

Se ha hecho ama de su propia soledad para sumergirse en su abismo de luz. Ya nada desea, nada sabe, el silencio pasa y repasa por todos los ámbitos de su ser, se ha perdido la noción del tiempo, el alma se ha henchido de hondo sentir. Es:

Verse tendida en los montes
sin más anhelos
que el alma.

Sentir pasar el silencio
como jinete
en la brisa.

No saber nada...

No desear nada...

Sólo con la soledad.